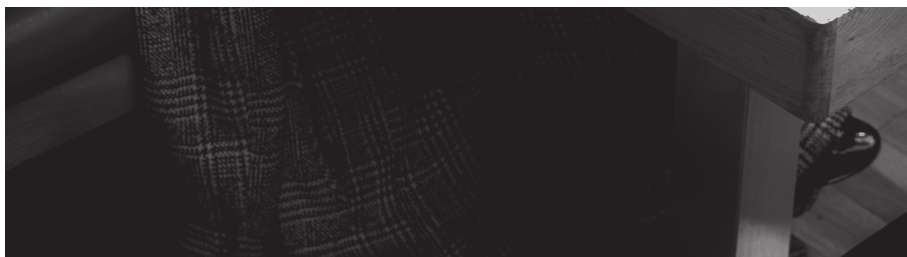


3. PLURAL.



2. La cuestión catalana y el problema español

Referéndum, punto de inflexión urgente

Laia Facet

■ Tras la declaración de fecha y pregunta, así como el anuncio de la ley para un referéndum de autodeterminación en Catalunya, se ha abierto un nuevo episodio del *procés* independentista. Más allá de las sobredosis de épica y declaraciones del *govern* a las que nos tienen acostumbradas, hay una pregunta que todo el mundo quiere resolver: ¿habrá condiciones para efectuar el referéndum? Todas las fuerzas políticas van tomando posiciones, pero ¿cuáles son los horizontes estratégicos que esconde cada posicionamiento?

Dos preguntas que se encuentran embarradas entre procesos judiciales, propaganda, debilidades del movimiento y un intento de estabilización de la crisis de régimen. Pese al lodo, hasta el 1 de octubre se va a dar una batalla central en Catalunya: llevar hasta el final el derecho de autodeterminación negado hasta el momento por un régimen autoritario y en crisis. Pero también debería ser una batalla de primer orden para las fuerzas del cambio en todo el Estado: tratar que una de las puertas que mantienen abierta la crisis de régimen no se cierre en balde.

Convergència: la crisis del régimen catalán

Si algo ha caracterizado históricamente a *Convergència* ha sido su capacidad de seguir llevando el timón en cualquier circunstancia: contentar a la burguesía nacional, rebajar las demandas rupturistas y colocarse como El Partido del *Govern* en mayúsculas. Del Pujol aupado tras el pacto entre élites de la transición al chantaje sistemático hacia el conjunto del soberanismo manteniendo el *Govern*, hay un mismo *modus operandi*. La derecha catalana siempre ha jugado con una tensión calculada: instrumentalizar las demandas y movilizaciones de auto-gobierno en clave nacional y popular que se han dado en Catalunya para mejorar la posición de las élites políticas y económicas catalanas dentro del Estado

REFERÉNDUM, PUNTO DE INFLEXIÓN URGENTE

español; y por otro lado, instrumentalizar lo conseguido para posicionarse durante décadas como el partido capaz de asegurar la gobernabilidad y mayores competencias para Catalunya. Pero la tensión les ha estallado y su *modus operandi* les está generando más de un problema.

De modo superficial, la crisis de Convergència se ha traducido en una caída de apoyos electorales en las últimas elecciones generales (20D, 26J), que en ninguno de los casos superó el 15% en Catalunya, y los sondeos para unas catalanas tampoco les son favorables como para ser primera fuerza. Pero la factura es más alta. Nuestro particular partido del régimen no sólo se ha visto implicado en casos de corrupción como el resto del entramado político salido del régimen del 78, sino que se vio obligado a esconderse tras JxSí y a esconder a Artur Mas tras Romeva, para luego hacer una operación estética de cambio de nombre y refundación. Además de los cambios estéticos, se ha dado un debilitamiento de sus lazos históricos con el régimen, así como con entidades catalanas, como Foment o sectores de la burguesía nacional, que se han posicionado claramente en contra de la independencia. Una crisis escenificada en la ruptura con Unió, ya en el olvido, pero también en tensiones y divisiones internas en el nuevo PDeCAT, como demostró la destitución fulminante del Conseller Baiget tras cuestionar el referéndum públicamente. Esta es la Convergència, ahora PDeCAT, que surfea el *procés* con giros dramáticos y épicos constantes evitando el precipicio de su caída durante los últimos años.

Sí, Convergència ha sido capaz de mantener una hegemonía política en el Parlament instrumentalizando el *procés*. Pero nos llevaría a errores estratégicos creer que el *procés* es, simple y llanamente, la burguesía catalana. Catalunya vive desde 2011 atravesada por unas corrientes democratizadoras de fondo. Unas corrientes que aún no han encontrado una síntesis superadora del 15-M y el 11-S. Si el *procés* ha mantenido movilizaciones masivas los últimos años no es por el oportunismo de Convergència o por su nuevo transformismo en PDeCAT. El descontento hacia el régimen conjugado con el horizonte de una Catalunya independiente ha sido durante los últimos años un horizonte de mejora de las condiciones de vida también para una parte importante de las clases populares castigadas por la crisis económica y social. Éstas también llenan las calles el 11-S.

Horizonte de mejoras sociales colectivas para unos; horizonte de mejoras particulares para otros. Los lemas más oídos del govern, la “sortida ordenada de l'Estat”, el “un País Normal”, el “nou Estat d'Europa” (“salida ordenada del Estado”, “un País normal”, “nuevo Estado de Europa”), no son más que las formas retóricas del PDeCAT para convencer a parte de la burguesía catalana para una vía sin estridencias, ni rupturas. ¿Una vía sin rupturas para independizarse del Estado español? Eso prometen: “ordenada”, “normal” y “europea”. Mantienen esa lógica de tensión calculada, pero cualquiera verá que en los últimos años el PDeCAT se ha

3. PLURAL.

metido en un laberinto de alto voltaje del que puede salir por los aires en cualquier giro, pero del que lleva salvándose ya varios años. Si el PDeCAT sigue salvándose es fundamentalmente por la debilidad del propio *procés*.

La debilidad del *procés* o la amnesia catalana

El 9–N supuso la prueba de fuego para Convergència, quien salió reforzada políticamente de lo que fue una rebaja brutal de las demandas del movimiento soberanista. Ese es el punto de inflexión claro en el que CDC toma el liderazgo del *procés* y en el que las entidades de la sociedad civil catalana se pliegan. La retahíla es ya conocida: el chantaje a ERC y al independentismo de no convocar elecciones si no había lista conjunta; una posición dominante en ésta y en el *govern*; los chantajes a la CUP; los presupuestos... A menudo se habla de la institucionalización del ciclo del 15–M, pero el 11–S también se ha institucionalizado, se ha vuelto un asunto del *Govern* en que la sociedad civil ha delegado la iniciativa y responsabilidad. El *procés* ha perdido dinamismo por abajo estos últimos años, algo claramente contrastado en los preparativos de la última *diada*, así como ante los actos de represión judicial, pero mantiene apuntalado al *govern*.

Catalunya vive una profunda amnesia donde las promesas más recientes se han borrado de la memoria de la base social del *procés*. ¿El 9–N? Una consulta rebajada por la propia Convergència en el *Govern* ante la prohibición del Tribunal Constitucional (TC). ¿El 27–S? Lo dirimimos en unas plebiscitarias que no se sabe si hemos ganado. ¿Los 18 meses a la independencia? Pasaron hace unos cuantos meses sin pena ni gloria. ¿El 1 de Octubre? El referéndum ya no es una pantalla pasada. La cultura política que ha generado el *procés* es algo necesariamente a superar si se quiere llegar, no sólo a una República catalana, sino llevar a cabo un referéndum de autodeterminación. El *procesismo* es una cultura política plebiscitaria y delegativa, que mueve a millones de personas cada 11–S, pero a toque de silbato. Mantiene una actitud completamente acrítica hacia las debilidades del *Govern* y seguidista en su iniciativa. Una cultura política que en el contexto actual no está desarrollando y desplegando con toda su potencialidad una campaña para asegurar que el referéndum sea una realidad y nadie meta el freno de mano.

Entonces... ¿habrá referéndum?

La contra–imagen del 9–N es la gran amenaza para el propio *govern*. Una prohibición del TC no servirá para justificar echarse atrás. ¿Hasta dónde llegará el gobierno del PP? ¿Hasta dónde los estamentos judiciales del régimen? ¿Cuánta presión aguantará el *govern* de Catalunya? Ahí se dirime si habrá o no referéndum, más incluso que en las cuestiones formales–legales. Precisamente porque es en ese juego de presiones donde se dirime, las debilidades del *procés* y del bloque del cambio son un problema central.

Las debilidades del *procés* hacen que el dinamismo social, las fuerzas en las que se toma esta batalla, estén en horas bajas. Cualquiera que viva en Catalunya se dará cuenta que el ambiente de hace 3 años era mucho más propicio a asumir una desobediencia de este tipo, fruto de la cooptación que ha llevado a cabo Convergència. Es difícil imaginar, aunque no imposible, que si el Estado aprieta habrá una resistencia organizada del soberanismo por abajo que asegure que el 1 de Octubre se podrá votar. También es difícil prever, si el Govern cede a las presiones del régimen, quién señalará que han echado el freno de mano, más allá de la CUP y sectores críticos de Podem y Comuns, ya que éstos no lo consideran como un Referéndum, sino como una movilización. Aquí se encuentra la otra gran debilidad: la tibieza de Podemos y Comuns, quienes podrían haber planteado la necesidad de un referéndum desobediente y fiscalizar al Govern, pero prefirieron poner el horizonte deseable en una promesa de pacto.

¿Reforma o ruptura del régimen?

Una de las batallas de Podemos y Comuns ha sido plantear como excluyentes la fraternidad y la unilateralidad, poniendo en valor la primera, desestimando la segunda. Esto no es sólo un error retórico, sino que

“Convergència, ahora PDeCAT, surfea el *procés* con giros dramáticos y épicos constantes”

conlleva un problema estratégico. Es con actos de ruptura y desobediencia con este régimen como pueden construirse otro tipo de relaciones entre las distintas realidades del Estado que sí reconozcan a Catalunya como sujeto político propio. Pero además, es sólo con este tipo de actos como puede desmontarse el centralismo salido de

la dictadura y superar un Estado de las Autonomías hoy en crisis y ya insuficiente cuando se construyó.

Por decirlo claramente: el proceso soberanista catalán tiene la potencialidad de no cerrar la puerta a las grietas abiertas en el régimen sino de profundizarlas; pero, además, tiene la potencialidad de abrir horizontes constituyentes que no se contenten con una reforma superficial de la Constitución como proponen los socialistas de Pedro Sánchez y en lo que parece caer también Podemos. Cualquier intento de tocar la Constitución que no lleve consigo movilizaciones, conflicto, generación de nuevas instituciones..., devendrá un cierre en falso del ciclo: un pacto diplomático por arriba, sin interés para las de abajo.

Este es el debate estratégico de fondo desde una óptica estatal. Incluso para aquéllos que quieren construir un Estado plurinacional federalizante: esa apuesta de modelo estatal debe pasar por procesos necesariamente conflictivos y de ruptura con la institución resultante de una transición falseada. Por ello, las posiciones tibias de Podemos ante el referéndum

3. PLURAL.

del 1 de Octubre, o las declaraciones de Ada Colau en que aseguraba que había que “evitar un choque institucional”, son un claro retroceso para enfrentarse al régimen incluso desde una defensa federalista.

El fin de semana del 7 y 8 de julio Podem y Catalunya en Comú tomaron sus posiciones. La posición de Catalunya en Comú por el momento, ya que debe cerrarse en consulta a sus inscritos, coincide en entenderlo como una movilización; sin embargo, no dijeron que llamarían a votar. La posición de Podem parece tener un contenido algo más avanzado ya que sí ha planteado que llamará a participar y a votar, pese a entenderlo como una movilización legítima y no como un referéndum. Sin embargo, las declaraciones han ido variando y cayendo en contradicciones. Del “evitar un choque institucional” de Ada a declarar que las instituciones facilitarán la convocatoria, lo cual implicará como ya se lo han hecho saber figuras del gobierno del PP, algún tipo de conflicto. Tras sus declaraciones, también Pablo Iglesias aclaró su “si fuera catalán no iría a votar”, rectificando y asumiendo la posición de la alcaldesa de Barcelona. Oscilaciones fruto de presiones y críticas recibidas de dentro y fuera del espacio. Sus posiciones de un modo u otro se irán viendo arrastradas por la propia dinámica de la convocatoria, aunque eso no excluya que sigan manteniendo su horizonte pactado como el legítimo y más efectivo y sobre el que trabajarán si hay una derrota el 1 de Octubre.

Sin embargo, desde una óptica catalana, en la que abogan por construir una mayoría de cambio en Catalunya con mayor justicia social, supone una ceguera política posponer la batalla de superar el autonomismo a una futurible mejora de la correlación de fuerzas. Por un lado, cualquier intento de llevar a cabo un plan de choque social (incluso de mínimos) va a toparse con el Fondo de Liquidez Autonómica (FLA), una Generalitat endeudada y sin palancas de autogobierno. Y por otro lado, las correlaciones de fuerzas no mejorarán subsumiendo la iniciativa política a los (im)posibles del régimen, sino radicalizando las expectativas de cambio.

Un punto de inflexión urgente

Ante las desconfianzas hacia el govern y las debilidades de la convocatoria, la posición del bloque del cambio está siendo la de moderar aún más las perspectivas, en vez de apretar, proponer y agenciarse un referéndum que ellos mismos volvieron a poner sobre la mesa cuando era “una pantalla pasada”. Que nadie se engañe y haga cálculos interesados: si el 1 de Octubre sale mal, no sólo afectará a JxSí o la CUP, afectará a todas aquéllas que aspiramos a un horizonte de transformación; será una batalla perdida ante el régimen y el gobierno del PP, no una batalla ganada al govern.

Por eso el 1 de Octubre, tanto si se hace como si no, supondrá un punto de inflexión y puede suponer una bifurcación de estrategias de las fuerzas independentistas aunadas por una precaria alianza. Un punto de inflexión que hay que aprovechar para superar el *procesismo*

actualmente existente: acrítico, delegativo y seguidista; con su vía: “ordenada”, “normal” y “europea”. Ahora bien, esperar que el *procés* desfallezca de inanición (además de ingenuo) es poco productivo. Creer que ponerse de perfil o con una actitud pasiva y recoger los frutos de un fracaso puede propiciar que seas quien reoriente un proyecto de país es o bien ceguera, o bien falta de voluntad de intervenir en política catalana.

Si realmente se quiere superar el *procesismo*, acabar con el chantajismo de Convergència y sus políticas de austeridad y construir una mayoría política y social de cambio, es necesaria una dialéctica superadora del

“... las correlaciones de fuerzas no mejorarán subsumiendo la iniciativa política a los (im)posibles del régimen”

11-S y el 15-M. Una dialéctica que ponga encima de la mesa una propuesta de modelo de país anti-austeridad y por ello, que vaya más allá del autonomismo. Una síntesis que no se basa en mayores competencias rapiñadas en un *tiquitaca* con el gobierno, ni en una mesa de negociación con un presunto gobierno socialista; sino en la apertura de un proceso constituyente catalán radicalmente democrático que imponga al régimen,

pero también a la derecha catalana, un terreno de juego desfavorable: una apertura del marco constitucional por abajo donde se diriman las cuestiones centrales del país. Ese escenario está abierto después del 1-O, si hay referéndum o se impide, y dependerá de la implicación de Comuns y Podem en torno a esta fecha el papel que puedan jugar después.

Laia Facet es militante de Anticapitalistes Catalunya